

# Le pondrás por nombre Jesús

*“... llevan este nombre (el de cristianos) de Cristo, que fue mandado a ejecutar con el último suplicio por el procurador Poncio Pilato durante el imperio de Tiberio...”.*  
(Tácito, 75-120 d.C)

“**No** temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en tu seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (Lc 1, 30-33). Con estas palabras el Ángel de la Anunciación se dirige a la Virgen María dándole a conocer, junto al anuncio de la Encarnación, el nombre que llevaría Aquel que en seno inmaculado se haría hombre.

El nombre dado a una persona era de importancia vital en la antigüedad, venía a ser algo así como su esencia, “su yo”; allí donde estaba el nombre estaba la persona (Dt 12, 5). El nombre también implicaba “propiedad”. Cuando el nombre de una persona era pronunciado sobre algo o sobre alguien este quedaba sometido bajo el dominio de aquel cuyo nombre era pronunciado. Ejemplos de ello pululan en las Escrituras: si el nombre de Joab se hubiera pronunciado sobre la ciudad de Rabá, que había rendido, le hubiera pertenecido a él y no al rey David (2 Sam 12, 28); las mujeres pasaban bajo la autoridad del varón cuando su nombre “se pronunciaba” sobre ellas (Is 4, 1). El faraón de Egipto pone de manifiesto la potestad que ejerce sobre el rey de Judá “cambiándole el nombre” (2 Re 23, 34); incluso las primeras páginas del Génesis, para expresar el encargo que recibe el hombre de dominar sobre la tierra, recogen: “Y Dios formó de la tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera” (Gn 2, 19).

Y es que para los antiguos el nombre no era sólo aquello que designaba, caracterizaba o distinguía a alguien, sino que constituía un elemento esencial de su personalidad (1 Sam 25, 25). Lo que no tuviera nombre simplemente no existía (Ecl 6, 10). Un hombre “sin nombre” era insignificante, despreciable (Job 30, 8). El nombre implicaba, además, la misión encomendada a una persona y, si este no se correspondía con la misión, “otro nombre” le era impuesto. Es por ello que Abram pasa a ser nombrado Abraham: “padre de muchos pueblos” (Gn 17, 5), Jacob pasa a ser denominado Israel: “el que ha luchado con Dios y con los hombres y ha salido victorioso” (Gn 32, 29), incluso el propio Jesús para establecer a Simón como roca visible sobre la que edificará su Iglesia le cambia el nombre: “Simón... tú eres Pedro (roca), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia” (Mt 16, 18).

En este contexto cultural el nombre “Jesús”, aquel que por mandato divino es anunciado tanto a María, su madre, como a José (Mt 1, 21), su padre putativo, no está, por ende, carente de significado y simbolismo. Jesús, en palabras de San Bernardo, no lleva un nombre vacío o inadecuado.

En las profecías de Zacarías el Mesías era llamado “el Renuevo” (según el texto hebreo, “el Germen”, según el griego, “el Sol naciente”) (Zac 3, 8) ; en el libro de Daniel, el “Hijo del Hombre” (Dn 7, 13-14); en Isaías, el “Siervo del Señor” (42), el “Emmanuel” (7, 14), el “Dios Invencible” el “Príncipe de la Paz” (9,7). El nombre anunciado por el ángel expresaba, pues, la misión salvífica que el Hijo de Dios hecho hombre debería realizar y señalaba su cometido: “...le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará al pueblo de sus pecados” (Mt 1,21).

## Jesús

El nombre “Jesús” es la forma latinizada del griego “Iesous”, término con el que Cristo es identificado en el Nuevo Testamento. Este nombre deriva del hebreo “Yeshú”, forma abreviada de “Yeshúa”, la variante más extendida del nombre “Yehoshúa”, que etimológicamente significa: “Yahveh salva” o “Yahveh es salvación”.

Antes de la Encarnación este nombre ya aparece en los libros del Antiguo Testamento, aunque no fue usado por ninguna persona destacada desde el tiempo de Josué, hijo de Nun, jefe del ejército israelita y estrecho colaborador de Moisés. También fue el nombre del autor del libro del Eclesiástico en el Antiguo Testamento (denominado Sirácida en algunas versiones), de uno de los ancestros de Cristo (Lc 3, 29), y de uno de los compañeros del apóstol Pablo (Col 4, 11). Este nombre aparece también citado en escritos seculares. En las obras de Flavio Josefo, por ejemplo, son mencionados unos veinte personajes con igual denominación.

Se considera que la forma de este nombre en arameo, el idioma de la Judea del siglo I, es la que con toda probabilidad usó Jesús: “Ieshuá”. En Marcos y Lucas, Jesús es llamado “Iesous ho nazarenos”, en Mateo y Juan (Lucas en ocasiones) se utiliza la forma “Iesous ho nazoraios”, que es la forma en que aparece también en el libro de los Hechos de los Apóstoles. La interpretación



La Anunciación, momento en que el Arcángel Gabriel le anuncia a María la encarnación de su hijo Jesús.

de estos epítetos no es unánime. Para la mayoría de los exegetas, ambos hacen referencia a su localidad de origen, Nazaret; otros, en cambio, interpretan el epíteto "nazoraios" ("nazoreo") como compuesto de las palabras hebreas "neser" ("retoño") y "semah" ("germen"); y, según esta interpretación, el epíteto tendría un carácter mesiánico.

## Cristo

Cristo es el "título" con el cual Jesús se menciona mil 514 veces en el Nuevo Testamento. La palabra "Cristo", es el equivalente griego de la palabra hebrea "Mesías", que significa "Ungido".

De acuerdo con la Antigua Ley, los sacerdotes (Lev 8, 12), los reyes (1 Sam 10, 1) y los profetas (1 Re 19, 16) debían ser ungidos para sus respectivos oficios. Ahora bien, el Cristo, el Mesías esperado por el pueblo de Israel, reuniría estas tres dignidades en su persona. Por ello no resulta sorprendente que a lo largo de los siglos el Pueblo de la Alianza se refiriera a Aquel que tendría la "triple unción" simplemente como: "El Ungido". Esta es la causa por la cual el término "Cristo" está casi siempre precedido por el artículo "el". Sólo después de la Resurrección el título se convertirá gradualmente en un nombre propio, y la expresión Jesucristo o Cristo Jesús pasará a usarse como una única designación.

## Jesucristo

El nombre "Jesucristo" es el resultado de la fusión de las palabras "Jesús" y "Cristo". "Jesús" es un "nombre" propio (en el lenguaje moderno diríamos "civil"), "Cristo" es el "título" mesiánico con el cual los apóstoles expresan su fe en el misterio inmanente y trascendente del Verbo hecho carne (Jn 1, 14). De esta forma, el término "Jesucristo" constituye en sí mismo una profesión condensada de la fe que arranca de la confesión fundacional de Simón Pedro: "Tú, (Jesús), eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16).

Con el nombre "Jesucristo" se identifica, pues, a Aquel que hilvana la Antigua y la Nueva Alianza. El que fue prometido y esperado como Mesías, como Cristo, como "El Ungido", consuma la obra de la redención como Jesús, como "El Salvador".

Es por ello que el apóstol Pedro confiesa ante los dirigentes de Israel que le interpelan: "...la salvación tiene lugar "en nombre" de nuestro Señor Jesucristo" (Hch 4,10). Este "en nombre" quiere decir: Él es "El Salvador", el "Emmanuel", el "Dios con nosotros" y, a la par, el Sumo y Eterno Sacerdote, la plenitud de la Ley y los profetas, el Rey de reyes y Señor de señores, y ello de modo radical y exclusivo: "...en ningún otro está la salvación, porque a la humanidad no le ha sido dado ningún "otro nombre" por el que pueda uno salvarse" (Hch 4,12).

De este modo el nombre de Jesucristo es anunciado a judíos y gentiles. Es por ello que si bien en la Antigua Alianza "en el nombre de Yahveh", en el nombre de "el Adonay" (el Señor), se jura (Dt 6, 13), se bendice (1 Cr 16, 2), se maldice (2 Re 2, 24), se profetiza (Jer 11, 21)...; en el Nuevo Testamento la salvación es anunciada en nombre de Cristo Jesús, Aquel a quien "Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre" (Fil 2, 9-11).

En nombre de este "Nombre que está sobre todo nombre", se acoge (Mt 18, 5), se hacen milagros (Mt 7, 22), se ora (Jn 14, 13), se envía (Jn 14, 26)..., invocando este nombre los cristianos son incorporados por el bautismo a la Iglesia, "cuerpo de Cristo", comunidad de "ungidos", y quedan insertados en Aquel cuyo nombre es Santo, Uno en esencia y Trino en personas.